

Joaquín M<sup>r</sup> Díaz  
de Escovar

68-528

IV - 1901

LA

# RECONQUISTA DE MÁLAGA

POEMA ESCRITO EN VERSO

POR

**CRISTINO MURCIANO,**

CON MOTIVO

DE LA CELEBRACION DEL IV CENTENARIO DE AQUEL GLORIOSO HECHO,  
EN 19 DE AGOSTO DE 1887.



R. 16.871

**MÁLAGA.**

EL AVISADOR MALAGUEÑO.  
IMPRENTA Y LIBRERIA DE AMBROSIO RUBIO,  
(Sucesor de Martínez de Aguilár)  
Marqués 10 y 12.  
1887.

~~~~~  
**Esta obra es propiedad de su  
autor, sin cuyo permiso no po-  
drá reimprimirse, reservándose  
los derechos que la ley le con-  
cede.**  
~~~~~

## PRÓLOGO.

---

El prólogo de una obra científica ó literaria es, en cierto modo, el vestíbulo de ésta, y semejante condicion reclama que exista armonía entre ambos trabajos, ni más ni menos que sucede en las creaciones de la arquitectura.

Sin embargo, en el caso presente y por visible deficiencia del prologuista, sufre deplorable golpe la estética, pues el ingreso á la obra del Sr. Murciano resulta pobre y decadente y en desacuerdo con la produccion del inspirado vate.

No es esta la espresion del génio de un poeta novel. El autor, bien que por virtud del vicio de la modestia (que tambien toca las fronteras del vicio cuando afecta exageracion) el autor decimos, ha hecho trabajos de indudable valía, aunque no juzgó oportuno salvo ligeras escepciones, darlos á la publicidad.

Hé aquí un poeta *rara avis* del género, que rehuye el aplauso; que escribe por que *siente* y que limita sus aspiraciones al placer de procurar á sus amigos el sabroso deleite de escuchar sus versos.

Si la tendencia y las dimensiones de este prólogo lo permitiesen, entraríamos gustosos en disquisiciones enderezadas á rebatir la opinion que el Sr. Murciano tiene en el asunto; pero ya que no nos sea permitido este desahogo, consignaremos siquiera que el autor posee condiciones felices para exhibir su firma en cualquiera obra, pues que todas las suyas son gallardas y responden al precepto *utile dulcia*. Lo útil y lo agradable, íntimamente unidos constituyen un todo armónico, del que es hermosa muestra el poema en cuyas primeras páginas aparecen estas modestísimas, heraldos indignos de valiosa hueste.

El Sr. Murciano tiene, entre otras cualidades literarias la de la oportunidad y el poema *La Reconquista de Málaga* puede servir de fundamento á esta aseveracion. No se trata de un asunto nuevo, porque la novedad es incompatible con las relaciones históricas; pero dado el asunto, el poeta ha realizado el milagro de embellecerlo con rasgos de ingenio, con descripciones inspiradas, con situaciones dramáticas y con episodios que apartándose del camino trillado, llevan al lector por sendas no presentidas y le hacen gustar el perfume que siempre tuvieron para nosotros, andaluces de pura raza, las epopeyas de moros y cristianos, con sus mil accidentes desarrollados bajo el cielo meridional y embellecidos más tarde, con el dejo prestigioso que le prestan la distancia y la imaginacion, esas hadas creadoras de sueños y fantasías.

La *diseccion* de los distintos cantos del poema, nos parece algo semejante á profanacion artística. Preferimos omitirla y dejar al lector el goce íntegro de saborear la obra del Sr. Murciano.

En ella encontrarán tras una *Introduccion* de sabor clásico, fácil y á la vez inspirada, vigorosas estrofas, sentidos pensamientos, brillantes cuadros de guerra, ricos de vida y de verdad, y en suma, pasarán ante su vista como en mágico y singular kaleidoscopo, las rudas peripecias de la lucha que tuvo por término el glorioso triunfo de la Cruz.

Nada más decimos.

El público juzgará. Nosotros ya hemos juzgado al Sr. Murciano y sin pretensiones vanidosas, pero con profunda conviccion, nos limitamos á decir:

—Es un poeta.

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

## INTRODUCCION.

---

¡Memorable Gibralfaro,  
desmantelado castillo  
que al cristiano fuistes caro;  
¡con qué asombro en tí reparo  
de tu gloria al puro brillo!

Y á tí, abatida Alcazaba,  
que á la vez distes ejemplo,  
cuando el cerco te estrechaba,  
de fuerte, indómita y brava;  
¡con qué pasmo te contemplo!

¡Ah! decidme; ¿qué se hicieron  
vuestras obras portentosas,  
que terror tanto impusieron?  
¿dónde vuestras torres fueron,  
tan fuertes y tan famosas?

¡La renombrada del Tiro;  
la altiva del Homenage,  
que arrancó más de un suspiro;  
y hasta más de cien que miro  
hundidas, de igual linage?

¿Dónde las triples murallas  
de formidable espesura  
que fueron en vuestras playas  
blanco de horrendas batallas,  
ciñendo vuestra cintura?

¿Dónde los fosos aquellos,  
parapetos y rastrillos  
dispuestos contra atropellos,  
y guardianes todos ellos  
de soldados y caudillos?

¿Dónde las sólidas puertas  
de Bibaltar, Foso y Caba,  
solo á los vuestros abiertas,  
todas de herrage cubiertas  
de la manera mas brava?

¿Dó el Alcázar que á ocupar,  
por gracia de Aben Athar,  
con varios secuaces vino  
el proscrito granadino  
Joseph Abú Alhamar?;

¿la esplendorosa mirada  
de aquel príncipe infelice,  
que por ello renombrada  
fué «Los Cuartos de Granada»,  
segun la crónica dice?

¿Dó la soberbia mezquita,  
llena de oriental aroma,  
en cuyo alminar la cita,  
dió el almuédano islamita  
á la oracion de Mahoma?

¿Dó aquellas altas palmeras  
de mil cármenes floridos,  
cubiertos de enredaderas,  
en que las aves parleras  
colgaban sus blandos nidos?

¿Dó los baños y placeres  
de vuestras ricas mansiones?;  
¿dó vuestras bellas mujeres?;  
Y ¿dó, en fin, vuestros gomeres  
rugientes como leones?

¿Dó sus aceradas cotas,  
sus alfanges, sus gumias,  
sus turbantes y marlotas?  
¡Ah, sueños son, dichas rotas  
de aquellos lejanos dias!

Pero, si torres y almenas,  
de los tiempos las injurias  
destruyeron; y yá, apenas,  
sois dos sombras sarracenas,  
mómias de cuatro centurias.

— 17 —

Si, yá, solo os queda el nombre  
de tan pasadas grandezas;  
¡él basta para que el hombre  
al recordarlas se asombre,  
derrumbadas fortalezas!

¡Con qué altivez, vive Dios,  
y ostentacion soberana,  
de la gloria yendo en pós,  
corona fuisteis las dos  
de Málaga musulmana!

¡Con cuan próspera fortuna  
ella dirigió sus pasos,  
sin aspereza ninguna,  
alzando la media luna  
por ocho siglos escasos!

Hermosa perla arrancada  
del mar que la baña en torno,  
fué la joya mas preciada  
de todo el Reino, y mirada  
como su mas rico adorno.

Orgullosa de sí misma,  
miró brotar de su seno,  
á través de un bello prisma,  
lo mejor de la morisma,  
llena de ardor agareno.

Cual sus crónicas mencionan,  
dió á luz príncipes y reyes,  
que hartó bien su estirpe abonan,  
la enaltecen y blasonan;  
y á sí mismo dióse leyes.

Su alcaide Alf Reduan,  
contra todo opuesto encono  
y todo contrario afan,  
al primer Abderraman  
ayudó á subir al trono.

Si á Córdoba dió aquel rey,  
varios impuso á Granada,  
sometiéndoles su grey;  
que su voluntad fué ley,  
donde quiera respetada.

Allí, tras rudos vaivenes,  
y del Genil al arrullo,  
cifieron sus nobles sienes  
hasta nueve Farrachenes,  
de Málaga con orgullo.

De régia estirpe nacidos,  
fueron de aquel trono dueños,  
respetados y temidos;  
que eran reyes muy cumplidos,  
y los nueve malagueños.

Fué al par la dichosa cuna  
de moros de gran valía,  
que honra, prez, gloria y fortuna,  
dieron á la media luna  
con su valor é hidalguía.

Los régulos más briosos,  
los mas insignes caudillos,  
los sábios más luminosos  
y los vates más famosos  
la esmaltaron con sus brillos.

Tal fué el ilustre abolengo  
de aquella Málaga mora  
que por buena patria tengo,  
y cuya conquista vengo  
á cantar aterradora.

## I.

### Canto preliminar.

---

Dadme el clarín guerrero que reclama  
el noble ardor que á los combates guía;  
la sonora trompa de la fama;  
que quiero, al fuego que mi pecho inflama,  
cantar grandezas de la patria mía.

De un hecho que registra nuestra historia  
en sus hermosos bélicos anales,  
hoy vengo á hacer ¡oh Málaga! memoria;  
ninguno habrá que alcance mayor gloria,  
y juzgo no tendrá muchos iguales.

Vengo á cantar, Ciudad idolatrada,  
en tí fijando con placer la vista,  
de ha cuatro siglos la feroz jornada;  
la empresa por el cielo coronada,  
el milagro, tal vez, de tu conquista.

En mí es, sin duda, temerario empeño,  
siendo un hecho tan grande é inaudito;  
pero á fuer de español y malagueño,  
aún sintiendome débil y pequeño,  
hoy quiero alzar de mi entusiasmo el grito.

Dejad, dejad que conmovido admire  
ese estandarte que en jirones flota;  
que el aura misma que le ajita aspire,  
y en él la gloria de mi patria mire,  
al fuego sacro que del pecho brota.

Él sea, ante todo, quien al canto mio  
preste la inspiracion que mi alma anhela;  
dando á mi voz el poderoso brío  
con que aclamar en mi entusiasmo ansío  
los nombres de Fernando y de Isabela.

Ambos monarcas, llenos de corage,  
lo clavaron, tras hórrida pelea,  
en la torre infeliz del Homenage,  
dó el mar le saludó con su oleage,  
y aun tinto en sangre me parece ondea.

Inspírenme tambien esas ruinas,  
que aun presumen de torres y murallas  
al rumor de las olas sus vecinas,  
y vagan como sombras peregrinas,  
tristes espectros sobre alegres playas.

Del calcinante sol que las abrasa.  
el fuego avive, al par, el labio mio;  
por ser el mismo que alumbró, sin tasa,  
las bravas huestes que, en rugiente masa,  
las asaltaron con sangriento brío.

Eran aquellas inclitas legiones,  
que heróico acaudilló Fernando Quinto,  
y formadas en récios escuadrones,  
de la Cruz tremolaron los pendones  
por todo el andaluz vasto recinto.

Las que invadieron con furor su suelo,  
regándolo con sangre de valientes;  
y alzaron tanto su arrogante vuelo,  
que el entusiasmo vió tocar al cielo,  
sus ardorosas aguerridas frentes.

Las que, avanzando en avalancha fiera  
por villas y ciudades á su antojo,  
todo lo dominaron de manera,  
que solamente viendo se creyera  
en tanta heroicidad y tanto arrojo.

Empero, ¿como no, si la fé misma  
ardorosa y cristiana les hacia  
combatir esta vez á la morisma,  
con que siempre, á las luces de aquel prisma,  
combatirla supieron á porfía?

¿Cómo nó, si llevaban por Castilla,  
de la Cruz desplegada la bandera,  
con que otros dos Fernandos, sin mancilla,  
conquistaron á Córdoba, Sevilla,  
Murcia, Jaen, Baeza y Antequera?

Alora; Coin despues; luego Marbella;  
y cien pueblos de menos nombradía;  
Fuengirola más tarde; y tras de ella  
Velez-Málaga, y toda la más bella,  
de Ronda formidable serranía;

todo cayendo fué bajo las lanzas  
de las cristianas huestes españolas;  
y alentando yá tristes esperanzas,  
tal vez de Alláh temiéndolas venganzas,  
Málaga suspiró sobre sus olas.

En vano el rey menguado granadino  
Abdallah el Zagal, tras negra duda,  
á socorrer á los de Vélez vino;  
dejado de los suyos y el destino,  
su trono pierde, y para nada ayuda.

Tal vez, en alas de medroso viento,  
de aquel mísero rey llegó el gemido  
de Málaga á los muros, y el lamento  
de Vélez infeliz, cuando, al momento,  
Málaga temblorosa se ha sentido.

O bien porque, acercándose á sus lares,  
yá escuchaba, cuitada, el estruendoso  
ruido de las falanges militares,  
que aumentaba por horas sus pesares,  
al resonar en su profundo foso.

Sin duda los momentos se acercaban  
En que el asedio comenzar debía;  
y así, yá los gomerés se contaban  
que á Málaga y sus fuertes custodiaban,  
siendo hasta quince mil de gran valía.

Era Hamet el Zegrí, bizarro moro,  
el gran caudillo de tan brava gente;  
de él Málaga, á la vez, honra y tesoro;  
y jura por Alláh y por su decoro,  
defenderla ó morir como valiente.

Él, por el rey Zagal, tan fuerte plaza  
governaba con dignos auxiliares;  
Aben Comixa, de esforzada traza;  
Mahomad y Abdurrhamen, de fiera raza;  
Zenete, Hasam y Alf Derbat sin pares.

Dentro de la ciudad, tambien vinieron  
los más esclarecidos africanos;  
capitanes y alcaldes que rindieron,  
tras mil rudas batallas que riñeron,  
cien villas y lugares comarcanos.

Y todos, en union con los de dentro,  
formaron una masa, decidida  
á no esquivar el temerario encuentro,  
defendiendo su honor en aquel centro,  
hasta perder con Máiaga la vida.

Y, á Alláh pidiendo inspiracion y amparo,  
el Zegrí, abroquelado en sus poderes  
y en los muros del fuerte Gibralfaro,  
jura ha de ser á los cristianos caro,  
que eran muchos y bravos sus gomerés.

Pero, pensando así con gran denuedo,  
una noticia á sorprenderle llega;  
ella en su corazon no pone miedo;  
mas, teme de un complot el vil enredo  
y de africama furia entonces ciega.

Aben Comixa, sus proyectos vende,  
de acuerdo con el bando que procura  
no provocar el sitio, porque entiende,  
que en vano será al fin si se defiende,  
y solo ya de transigir se cura.

Aquel moro hácia Vélez corre, en tanto,  
donde pactar con el cristiano espera  
la rendicion que intenta; pero, en cuanto  
circula este rumor, cunde el espanto  
y del Zegrí un infierno se apodera.

Cual furioso leon, se precipita  
para atajar el daño en la Alcazaba;  
el vengador alfange al aire agita:  
¡viles, cobardes!; con furor les grita;  
y en los traidores su mirada clava,

Y, atento á lo que el caso requería  
en tan supremos críticos instantes;  
al golpe del alfanje y la gumiá,  
degüella, sin piedad, en aquel día,  
conjurando el conflicto, á sus causantes.

Nada en su corazón produce espanto;  
sereno vé cortadas las cervices:  
¿cómo pudiera conmoverle el llanto  
que horrorizados vierten entretanto  
las mugeres y niños infelices?

Así logra, por fin, el moro fiero,  
haciendo de impiedad rudos alardes,  
más levantar el ánimo guerrero  
de la ciudad, que, entónces, por entero  
le aclama por caudillo, y no hay cobardes.

¡Ah! no con más bravura y arrogancia  
se mostraron que Málaga en tal punto,  
sin dudas ya, ni miedo, ni jactancia,  
ni la invencible é inmortal Numancia,  
ni la heroica é indómita Sagunto.

»Hijos de Agar, intrépidos gomerés;  
»gritó el Zegrí sobre el adarve á todos;  
»si amais á vuestros hijos y mugeres;  
»si, al fin, vuestros hogares y placeres  
»no han de ser presa de los nuevos godos.

»Si en algo vuestro honor y vuestra fama  
»estimais en momentos tan supremos;  
»venid á mí, porque el Corán os llama;  
»y al belicoso ardor que al pecho inflama  
»de esos perros cristianos triunfaremos!»

Así grita, cegando de corage,  
y otro grito feroz se oye que aterra,  
mezclándose al rugir del oleage.  
«Jamás consentiremos tal ultrage;  
guerra al cristiano, respondieron guerra!»

## II.

### La Misiva.

---

Tal venia á ser, por fin, la actitud fiera  
en que la heróica Málaga se hallaba;  
cuando llegó de incógnita manera,  
hasta sus puertas, que el sigilo abriera,  
su ginete cristiano de alma brava.

Era del rey Fernando una misiva;  
y otro Fernando, del Pulgar nombrado,  
seguido de pequeña comitiva,  
su ilustre portador; quien con fé viva  
y arrojo sin ejemplo se ha portado.

Penetra así de Málaga en los muros,  
y entrega á Alí Dordux, moro influyente,  
la carta de su Rey; que si no en duros,  
era en términos claros y seguros,  
una misiva del tenor siguiente:

»¡Salud Alí Dordux: por este escrito  
»que en Velez fago y del Pulgar os lleva,  
»(cual confidente fiel que os acredito,)  
»á la entrega de Málaga os invitó,  
»de mi amistad en generosa prueba.

»Vos sois de sus señores principales;  
»cuerto varon que, por su bien mirando,  
»no querreis que se escriba en sus anales  
»con sangre derramada por raudales,  
»que vino y destruyóla el rey Fernando.

»Mirad por ella y suavizar rigores;  
»que antes que vanos humos de decoro,  
»debeis tener en cuenta, ilustre moro,  
»las vidas de sus tristes moradores;  
»y así os lo ruego por el Dios que adoro.

»Por lo demás, Dordux, luego veredes,  
»si así cumplís de humanidad la ley,  
»que en bien será de la morisca grey;  
»y que á vos y á los vuestros, de mercedes  
»en recompensa os colmaré. «Yo el Rey.»

Enterado Dordux, quedó perplejo  
de una manera seria y reflexiva,  
no viendo de acomodo ni un reflejo;  
que alentado el Zegrí por el Rey viejo,  
á nada cede y la defensa activa.

Contesta al Rey, donoso, sin embargo,  
mas de un modo por fuerza irresoluto  
y Don Fernando del Pulgar, amargo,  
de la vaga respuesta se hace cargo,  
y pica espuela de retorno al bruto

### III.

#### Marcha del ejército sobre Málaga.

---

Entretanto, las nubes se amontonan  
de Vélez sobre el hórrido camino;  
son nubes de guerreros que ambicionan  
su furia descargar, y no perdonan  
la ocasión que les brinda su destino.

Nubes son, que otras nubes alborotan  
de polvo, entre corages y bravuras:  
yá los ginetes espolean y azotan  
á sus bridones, que relinchan, botan  
y hacen crugir las fuertes armaduras.

¡Ay de los infelices agarenos  
al estallar tan rícos nubarrones!  
sobre unos veinte mil, de furia llenos,  
éranse los ginetes, por lo menos;  
cincuenta mil, rugiendo, los peones.

La calidad de todos, escelente;  
digna de sus magníficos caudillos;  
bien merece la pena que estos cuente,  
y de los más insignes ponga al frente  
de este canto sus nombres y sus brillos.

Los maestros de Alcántara y Santiago,  
que tantas glorias dieron á Castilla;  
el gran duque de Nájera, que estrago  
del moro fué, sin que jamás en vago  
su brazo descargase la cuchilla.

Los condes de Oropesa, Benavente,  
Rivadeo, Medellín, Osorno, Ureña,  
Feria y Cabra; que á modo de torrente,  
en desbordado arranque y son rugiente,  
vienen alzando la cristiana enseña.

El que valor y fé todo respira  
Comendador de Leon, airado y fiero;  
Enrique Enriquez, cuyo arrojo admira,  
su hermano Pedro, á quien Belona inspira,  
y Juan Chacon el de temido acero.

Los marqueses de Cádiz y Villena,  
que fueron en la lucha dos leones  
contra el muro de Málaga agarena,  
sobre el cual aun parece que resuena  
el eco aterrador de sus cañones.

Alonso de Aguilar, de ilustre casa;  
Pedro Lopez Padilla, de los fieles;  
Hurtado de Mendoza, á quien abrasa  
la sed de combatir con fé sin tasa  
y el Alcaide, sin par, de los Donceles.

Las mesnadas de todos los señores  
que glorias fueron de la antigua España;  
dirigidas por gefes, los mejores,  
de pura y santa fé, batalladores,  
y ardiendo en noble vengadora saña.

Y al mando vienen de sus bravas gentes,  
Bernardo de Manrique, bien apuesto;  
el valeroso conde de Cifuentes;  
varios alcaides de animosas frentes,  
y otros, que callo, completando el resto.

Tan formidables eran las legiones  
que á combatir á Málaga venian;  
y tan famosos todos los varones  
que al mando de ginetes y peones,  
á la lucha feroz se apercibian.

Marcha al frente de todos, arrogante,  
su gran mandoble de batalla al cinto,  
el caudillo mas noble é imperante;  
erguida la cerviz, fiero el semblante;  
que es el valiente rey Fernando Quinto.

Y era ya en el real de Mesmiliana, dos leguas de distancia, quizás menos, de Málaga la indómita africana; cuando su Alteza, al fin, una mañana, mandó sillas botar y poner frenos.

Ya parten sus guerreros imponentes sobre Málaga; y, mientras, sus navíos, todos altos, veleros y potentes, dánse á la mar soberbios y esplendentes, para probar allí tambien sus bríos.

Díaz, Arriarán, Bernal, Valera, comandaban valientes tales naves; marinos de alma intrépida y guerrera, que alzaron bien por alto su bandera en momentos tan críticos y graves.

Entretanto, creyó Fernando Quinto, oportuno, político y prudente, que no era, al fin, de sanguinario instinto, antes de vista dar á su recinto, á Málaga intimar oficialmente.

Mandó, en efecto, nuevos mensajeros, que en son de paz hasta el Zegrí llegaron; mas éste y sus secuaces, altaneros, les oyen, sí; pero cual nunca fieros de este modo resueltos contestaron.

»Decid á vuestro rey, que juré al mio,  
»al estender sobre el Coran mi mano,  
»antes morir, con africano brío,  
»que esta plaza entregar, y que confío  
»en que no ha de ser nunca del cristiano.

»Decidle cómo son sus fortalezas;  
»de guerra sus magníficos enseres;  
»sus municiones; sus montadas piezas;  
»sus bastimentos, y las mil proezas  
»de que serán capaces mis gomeres.»

Así el Zegrí les despidió; y oyendo respuesta tan altiva el rey Fernando, en sed de gloria y de conquista ardiendo, fué el sitio de la plaza disponiendo, y á los muros sus huestes acercando.

#### IV.

### **Toma del cerro de San Cristobal.**

---

Lució, por fin, el tremebundo día  
en que la lucha se rompió estridente.  
El sol, cual temeroso aparecía  
y como tinto en sangre por oriente.  
El fragor del combate estremecía  
del San Cristobal en la cumbre ardiente;  
cerro cercano, formidable altivo,  
que era del rey Fernando el objetivo.

Pronto ocupar tan importante altura  
los guerreros de Cristo se proponen;  
por ser su posesion la más segura  
llave del plan que sus caudillos ponen:  
por eso, con indómita bravura,  
á su paso los árabes se oponen;  
y allí se traba la primer batalla,  
siendo horrible el rugido con que estalla.

Atrevido es, sin duda, el pensamiento;  
más, renunciar á él, casi imposible;  
sin el cerro no hay paso al campamento,  
y el cerro se presenta inaccesible:  
el ejército, en tanto, está sediento  
de establecer el sitio, y no es factible,  
si por allí, dó témese un fracaso,  
no consigues, por fin, abrirse paso.

Bárbara llegó á hacerse la refriega;  
cundía por todas partes el estrago,  
y hasta temerse la derrota llega.  
Más ¡ah! gritó el maestro de Santiago  
y con él Garcilaso de la Vega;  
¡ah de los nuestros, si su golpe es vago!...  
y entonces castellanos y gallegos  
contra los moros arremeten ciegos.

No menos denodados les alientan  
Rodrigo Ulloa, Hurtado de Mendoza,  
y otros valientes que la fé sustentan  
con que el guerrero en los combates goza.  
Sigue la lucha horrible, y aun no cuentan  
vencer los de la Cruz; cuando se emboza  
la tarde en su crepúsculo, y parece,  
que el cerro entre fragores se estremece.

Tres eran los asaltos que aquel día  
en vano al San Cristobal iban dados;  
la sangre por torrentes se vertía;  
los moros cada vez más denodados;  
la esperanza en los nuestros se perdía;  
más luchaban doquier desesperados:  
y al fin el cerro por la Cruz se queda,  
gracias al bravo alférez Luis Maceda.

Este animoso, intrépido guerrero,  
de eterna fama y de feliz memoria,  
arrastra tras de sí, valiente y fiero,  
á los que huyendo ván de la victoria:  
blande con una mano el fuerte acero;  
con otra agita su pendon de gloria;  
y llegando á la cima horrible y brava,  
sobre ella ruge y su estandarte clava.

Así acabó la memorable hazaña  
que empezó con la aurora de aquel día,  
y concluyó entre fuego, sangre y saña,  
cuando ya el sol medroso se ponía.  
¡Gloria esta vez á la cristiana España,  
que tan brillante lauro se ceñía!  
y, vamos con sus sienas coronadas,  
á presenciar de horror otras jornadas.

## V.

### Llegada al campamento.

---

Caro costó al cristiano, sí, muy caro,  
de aquel cerro tomar la alta eminencia;  
mas, á favor de su dichoso amparo,  
pudo llegar de Málaga á presencia:  
de otra manera el fiero Gibralfaro  
le hubiese opuesto dura resistencia,  
á establecer el sitio; y de este modo,  
logró vencer y realizarlo todo.

La misma noche pavorosa aquella,  
el ejército lleno de fatiga,  
más alumbrado de feliz estrella,  
se puso sobre Málaga enemiga.  
El rey Fernando se estasió ante ella  
envuelto en su fortísima loriga;  
que aunque rendido y anheloso viene,  
ni tiene sueño, ni á quietud se aviene.

Rey cual debieran ser todos los reyes,  
por sus vasallos y su nombre vela;  
de la guerra cumplir quiere las leyes,  
y á la vez que monarca es centinela:  
vé ante sus ojos enemigas greyes  
en raza y religion, y como anhela  
al Africa arrojar la media-luna,  
el reposo esa noche le importuna.

Seguido de sus bravos capitanes,  
nobles y principales caballeros;  
sus desvelos consagra y sus afanes  
á establecer el Campo, abrir senderos,  
las tiendas asentar, concebir planes,  
para seguir despues los más certeros;  
sin separar un ápice la vista  
de su objeto esencial, que es la conquista.

Del Acibar el sitio era llamado  
dó el monarca sentara sus Reales;  
mas, cuan dulce ese nombre ha resultado  
por dicha en los históricos anales;  
el sitio es desde entonces consagrado  
á recordar sus hechos inmortales;  
la Virgen está allí de la Victoria  
velando las banderas de su gloria.

.....

Dáme tu inspiracion ¡oh Virgen pura!  
para seguir cantando la conquista  
de la agarena Málaga, y fulgura  
sobre mi lira rayos de tu vista:  
porque si aquel empeño en mí es locura,  
y harto esa reflexion ¡ay! me contrista;  
si tú, me alientas, en honor de España  
yó cantaré mejor tan gran hazaña.

## VI.

### **Establecimiento del cerco.**

Fuertes eran los doce campamentos  
que estableció el monarca en los instantes  
que el sol derramó luz al día siguiente  
de su llegada en noche memorable;  
que era aquel rey muy hábil, muy guerrero,  
de actividad febril y fé constante.

Mandaba el que fijóse en la Caleta,  
el valiente y leal marqués de Cádiz.  
El que por frente estaba á Gibralfaro,  
de los Donceles el famoso alcaide.  
Del montado donde hoy está el Calvario.  
fué el Conde de Cifuentes á encargarse;  
y el de Feria ocupaba el del Acibar,  
con el apuesto Don Lorenzo Suarez  
y el buen Comendador de Calatrava,  
cerca dó el rey sentára sus Reales.  
El clavero de aquella misma orden,  
Gutierre de Padilla, fué, arrogante,  
á comandar el suyo, donde luego  
alzaron su convento venerable  
los monges Capuchinos, y aun existen  
consagrados á Dios santos altares.  
Pedro Carrillo de Albornoz y el conde  
de Benavente, fueron capitanes  
del que en Guadalmedina se fijara  
sobre la arena de su seco cauce;  
y el Señor de Aguilar y el conde Ureña,  
del que ocupara el sitio que más tarde,  
merced al arzobispo de Salerno,  
el templo edificóse de los Angeles.

El gran duque de Nágera mandaba,  
con Fadrique Toledo por adlátere,  
el montado con hábil estrategia  
sobre el terreno en que despues los frailes  
trinitarios su casa levantaron  
con su celo, sus votos y piedades.  
El denodado Hurtado de Mendoza,  
fué del de Zamarrilla comandante;  
y del que se instaló donde hoy radica  
el convento dominico, á la parte  
del célebre Perchel, los dos maestros  
de Alcántara y Santiago, y Luis Fernandez  
Señor de Palma, do los tres caudillos  
dieron de su pericia altas señales.  
El bravo Don Antonio de Fonseca,  
mandaba, en fin, con dignos auxiliares,  
el que se estableció donde hoy se mira  
el convento que fuera en sus edades  
de monges carmelitas santo albergue.  
Y así se completaron, formidables,  
aquellas doce estancias, que imponian  
terror, al removerse sus falanges  
numerosas de intrépidos guerreros,  
todas apercebidos al combate.

A más de estos campamentos,  
el rey Don Fernando quiso  
forzar cuanto se pudiese  
por todas partes el sitio:  
fué así, que otras posiciones  
estableció en semicírculo,  
con las que al fin consiguió  
encerrar á los moriscos  
en un anillo de hierro  
cada vez más opresivo.  
Dispuso, por otro lado,  
multiplicándose activo,  
que hácia la parte del mar,  
los intrépido marinos  
que comandaban la escuadra,  
juntando más sus navíos,  
carabelas y otras naves,  
verificásen lo mismo.  
De esta suerte se cerró  
casi de un modo cumplido,  
aquel círculo imponente,  
que era solo para visto.

Regresára á la sazón  
de Flandes, y hasta allí vino,

(Se continuará.)

con dos buques poderosos  
el muy bizarro marino  
Ladron de Guevara; y plugo  
del cielo el feliz designio,  
que aportasen ambas naves  
en momento oportunísimo,  
ciertos portrechos de guerra,  
lombardas y varios tiros  
que el Archiduque de Austria  
Maximiliano, solícito,  
mandaba al rey D. Fernando,  
quien mucho apreció el servicio.

Después, el cauto monarca  
que todo lo había previsto,  
mandó venir de Algeciras,  
Antequera y otros sitios,  
muchas piezas de batir,  
pues lo juzgó así preciso;  
las cuales dispuso al fuego  
colocándolas perito,  
el artillero valiente  
y general distinguido  
Ramírez de Orena, sobre  
los puntos que el rey le dijo.

Para completar los medios  
de acosar al enemigo,  
trabajaban sin descanso,  
por brigadas divididos,  
de obreros varios millares  
de diferentes oficios;  
zapadores, carpinteros,  
alarifes entendidos,  
hacheros, aserradores,  
herreros y otros distintos,  
que renunció á enumerar  
por no parecer prolijo.  
Y, era de ver la faena,  
el infernal laberinto  
que ensordecía y atronaba  
todo el inmenso recinto  
que ocupaban las falanges  
del ejército de Cristo.

De municiones de boca,  
era copioso el surtido;  
pólvora se fabricaba  
en abundancia allí mismo,  
y se apilaban por miles  
las balas para los tiros.

Los recursos preparados

para socorro de heridos,  
hospitales, botiquines,  
camillas, facultativos,  
hilas, vendajes y aun otros  
casi superfluos auxilios; ~~del~~  
todo allí se acumulaba  
de modo que era un prodigio;  
por que, en santa competencia  
que se hacian á sí mismos,  
de todo se habian cuidado  
y á todo habian proveido  
ambos católicos reyes,  
sábios y caritativos.

De modo, que no faltaba  
nada para dar principio  
á los sangrientos combates  
que contempló, estremecido,  
el noble pueblo español  
hace justos cuatro siglos.

## VII.

### **Combate contra las puertas de Granada y muros llamados de Santa Ana.**

---

Ya en el campo cristiano y los confines  
ecos de guerra escúchanse fatales.  
Sonidos estridentes de clarines  
y enronquecidos toques de atabales,  
llaman á los valientes paladines  
á dar en nueva lid nuevas señales  
de su valor y arrojo temerario,  
pues reanudar la lucha es necesario.

Rómperse, al fin, contra la plaza el fuego,  
que aviva con ardor la fé cristiana;  
con ese ardor enfurecido y ciego  
que solo es propio de la guerra insana.  
Blanco fué el gran murage dicho luego  
por los cristianos muro de Santa Ana;  
que envuelto á la sazón en densa nube,  
de humo y horror, á Gibralfaro sube.

Ni los guerreros de la cruz desisten,  
ni ceja el tenaz moro malagueño;  
por ambas partes con furor se embisten  
y nadie en tal combate es de sí dueño:  
muralla y defensores mal resisten  
aunque lo intentan con feroz empeño;  
y rendido por fin á los balazos,  
cae roto el fuerte muro en mil pedazos.

Hasta el abierto aquel ancho portillo,  
con fiero arrojó los cristianos llegan;  
mas á cubrirlo bajan del castillo  
moros á miles que de furia ciegan;  
y no es el fuego, no, que es el cuchillo  
el que ya brazo á brazo todos juegan;  
y en tan bárbaro horrible desafío,  
se vió correr allí de sangre un río.

Temiendo un gran revés de la fortuna,  
el animoso conde de Cifuentes,  
que en sí el valor y la pericia aduna,  
secundado por otros dos valientes,  
que eran Juan de Almazaz y Hurtado Luna,  
arrastrando tras sí sus bravas gentes,  
que nunca el riesgo de la vida eluden,  
á vencer ó morir al muro acuden.

Y entre humo, horror y silvadoras balas,  
llegan al pie de la murada torre,  
de sus corceles y su arrojó en alas,  
cuando con mas furor la sangre corre.  
Fijan para el asalto unas escalas;  
mas, á los moros tanto Aláh socorre,  
que escalas, catapultas y bastidas,  
cayeron por el suelo destruidas.

Cayeron, sí; y con ellas, tristemente,  
hasta el foso, que horrores vomitaba,  
no pocas vidas de la heróica gente  
que ya al asalto sobre el muro estaba,  
El de Nágera acude, velozmente,  
con el Comendador de Calatrava,  
y el sangriento combate se renueva,  
dando en él todos de valor gran prueba.

A rechazar la entrada del cristiano,  
los gomerés rugientes acudian,  
y descargando el hierro mano á mano,  
todos como leones combatían.  
Pero, la lucha se enardece en vano,  
y en vano otras escalas se ponían;  
nadie allí de vencer tiene esperanza;  
mas todo es mientras bárbara matanza.

Pero, el sol avanzaba en su carrera;  
la noche con sus sombras se venia;  
menguaban fuerzas y preciso era  
con el resto apurarlas de aquel día:  
y arrancando los nuestros de manera  
que imposible á ellos mismos parecía,  
asaltan con tal furia el baluarte  
que á él suben, y en él clavan su estandarte.

No se viera jamás tanto denuedo,  
ni cupo realizar mayor proeza;  
ella entre los moriscos pone miedo  
y acaban por rendir la fortaleza.  
¡Ah! yo tampoco sin rendirme puedo  
proseguir reseñando la fiereza  
con que toman, al fin, nuestros leales  
los muros de Santa Ana y arrabales.

¡Gloria á tan esforzados combatientes  
al sol de triunfo que en sus armas brilla!  
¡Ciña eterno laurel las nobles frentes  
de aquellos bravos hijos de Castilla!  
¡Gloria al duque de Nágera y sus gentes  
en aquella jornada sin mancilla;  
interin, admirando tanto brio,  
respira pátrio amor el pecho mio!

## VIII.

### Un revés en Zamarrilla.

---

El sol, empero, del siguiente día,  
envidioso sus luces desemboza;  
y un rayo ardiente de su enojo envía  
contra el valiente Hurtado de Mendoza:  
rayo es que al par enciende su osadía,  
pues que un laurel sobre su sien destroza;  
mas, desplegando entonces sus arrojós,  
venció del sol la envidia y los enojós.

Acababa el intrépido guerrero  
de entrar por una brecha en Zamarrilla,  
sobre cuyo arrabal atacó fiero  
un fuerte torreón que se le humilla:  
á sus soldados fia por entero  
la defensa, que juzga bien sencilla;  
mas ellos la prudencia desacatan,  
y los moros el fuerte aquel rescatan.

Fué un lance por demás infortunado;  
uno de esos reveses de la guerra;  
mas, de él apercebido Don Hurtado,  
con fiero arrojo contra el moro cierra;  
vuélve sobre la presa todo airado;  
á los moriscos hace morder tierra;  
y, al golpe de sus armas vengadoras,  
recobra el torreón en breves horas.

(Se continuará.)

¡Qué ánimos, vive Dios, y que pujanzas  
los de aquellos famosos adalides;  
qué empresas y qué arranques y qué lanzas;  
qué denuedos, qué hazañas y qué lides!  
Siempre alentando fé con esperanzas,  
todos eran Viriatos, todos Cides.  
¡Fieros hijos de Marte, que así escudo  
fuisteis de nuestra patria, yo os saludo!

Presidencia en el teatro alador

¡Vive en tanto que el teatro alador  
los actores de teatro alador  
entre ellos cantos de teatro alador  
y otros muchos temas de teatro alador  
la gloria del teatro alador  
que todos alabando el teatro alador  
le que sea para teatro alador  
de como alabando el teatro alador

¡Vive en tanto que el teatro alador  
en teatro alador el teatro alador  
y el teatro alador por el teatro alador  
y el teatro alador se teatro alador  
y el teatro alador de teatro alador  
y el teatro alador teatro alador  
y el teatro alador del teatro alador  
y el teatro alador el teatro alador

¡Vive en tanto que el teatro alador  
de teatro alador y su teatro alador  
el teatro alador en teatro alador  
y el teatro alador teatro alador

## IX.

### Desaliento en el ejército sitiador.

---

Pero, en tanto que el lauro de la gloria  
los guerreros de Cristo se ceñían  
entre felices cantos de victoria,  
y otros próximos triunfos sonreían;  
la noticia fatal se hizo notoria,  
que todos alarmados acogían,  
de que una peste horrible, asoladora,  
de cerca amenazaba aterradora.

Este rumor, que aun siendo exagerado,  
su pavoroso efecto producía;  
el ver y deplorar por otro lado,  
que la plaza tenaz se resistía;  
que, apesar del esfuerzo desplegado,  
el tiempo sin rendirla transcurría,  
y las fatigas mil del campamento,  
iban ocasionando el desaliento.

Que era bien triste la terrible idea  
de morir entre horrores y sin gloria,  
si ardía por fin la pestilente tea  
antes de haber logrado la victoria  
que era objeto esencial de la pelea.  
Con tan negro temor, se vió ilusoria  
la esperanza magnífica y risueña  
de conquistar la Perla malagueña.

No por eso dejábase, entretanto,  
de combatir por una y otra parte;  
los nuestros por la Cruz, lábaro santo;  
los moros, el Coran por estandarte.  
Mas, corren las semanas, con espanto,  
entre luchas y horrores sin que Marte,  
por mas que en todos el valor encienda,  
decida, al fin, tan bárbara contienda.

Cual suele suceder en casos tales  
hubo cobardes, viles desertores,  
que llevados de miras infernales,  
refugiándose en Málaga, traidores,  
á los moros refieren los fatales  
desalientos, anhelos y terrores  
que en el cristiano campamento cunden,  
y en ellos de ese modo ánimo infunden.

El rey, de tanto mal apercebido,  
y temeroso de que el daño avance,  
tomó inmediatamente su partido,  
que fué de inmenso y salvador alcance:  
á la Reina informó de lo acaecido,  
rogándole acudirle á todo trance;  
porque á presencia de Isabel Primera,  
Todo conflicto conjurar espera.

X.

**Llegada de la Reina al campamento.**

¿Cuales son estruendosos esos sonos  
que al alma de esperanza y gozo llenan;  
que arrebatando van los corazones,  
y en todo el campo sitiador resuenan?  
¿Qué músicas, qué acentos, qué ovaciones  
son esas que se escuchan y resuenan;  
y cuales esos gritos de entusiasmo,  
que causan, á la vez, ventura y pasmo?

Son los que lanza el pecho al ver que brilla,  
tanto como el que vá cruzando el cielo,  
otro sol refulgente y sin mancilla,  
del campamento sobre el ancho suelo.  
Es que Isabel Primera de Castilla,  
llena de ardor y de cristiano anhelo,  
entre sus huestes llega, que le aclaman,  
y ante ella en sed de combatir se inflaman.

Que, no bien de su esposa la misiva  
á Córdoba llegó, cuando ella, brava,  
viendo de cuanto era triste y afflictiva  
la situacion en que el monarca estaba;  
seguida de su régia comitiva,  
la marcha emprende del deber esclava,  
¡Heróica accion, de cuyo arranque al brio,  
canta lleno de gozo el labio mio!

En pós de la magnífica litera  
en que su escelsa magestad se emboza,  
vienen, D. Fray Fernán de Talavera,  
y Don Pedro Gonzalez de Mendoza.  
El confesor aquel de Isabel era;  
y este, el gran cardenal que fama goza  
de piedad y de valor; y, con gran porte,  
siguena los infantes y la córte.

Recorrió saludando el campamento,  
donde asentada ya, con bizzaría  
mandó el sitio estrechar; lo que al momento  
con decision y rapidez se hacia.  
La fé, con el valor y el ardimiento,  
en todas sus legiones renacia;  
y músicas, clarines y atabales  
resonaban en torno á los Reales.

Fué el hecho en todas partes conocido;  
y llegan de Isabel á lá presencia,  
homenaje á rendirla el mas cumplido,  
de Aragon, Cataluña y de Valencia,  
Señores del valor mas decidido,  
y de la mas espléndida escelencia;  
con naves combatientes y tesoros,  
para ayudarla así contra los moros.

Mas, antes de romper hostilidades  
de nuevo contra el árabe enemigo,  
quisieron otra vez sus magestades  
la rendicion pedirle en tono amigo.  
Estendidas á tanto sus bondades,  
Juan de Robles, llevando otros consigo,  
hasta el mismo Zegrí fué de mensage,  
mas, volvió despreciado y con ultrage.

Lejos de entrar, al fin, en transacciones,  
resuelven defenderse como fieras,  
guardados por sus fuertes murallones,  
y al abrigo de torres y trincheras.  
Si algunos, con mas cuerdas reflexiones,  
aun teniendo tambien almas enteras,  
á no hacer resistencia propendian,  
ante el alfange del Zegrí codian.

Penetrados entonces sus Altezas,  
de que había de costarles harto caro  
de Málaga rendir las fortalezas,  
dispusieron batir á Gibralfaro.  
Contra él montan de cerca varias piezas;  
óyese horrible su primer disparo;  
y un combate trabóse tan violento,  
que cual ninguno resultó sangriento.

(Se continuará.)

## XI.

### **Combate contra Gibralfaro.**

---

Al contar la batalla de aquel día,  
que tan feroz la crónica nos pinta,  
suena mi lira en tonos de agonía,  
y estar parece como en sangre tinta;  
la sangre que á torrentes se vertía,  
y cuya marca pienso que, aun no extinta,  
de sus gloriosos manes al amparo,  
debe existir en torno á Gibralfaro.

Roto su muro fué por la metralla  
de nuestras siete célebres Jimenas  
y otras piezas que, dando la batalla,  
demolían las torres agarenas.  
Cada vez mas horrible el fuego estalla;  
caen hechas mil pedazos las almenas;  
en sus cimientos tiembla aquel Castillo,  
y abierto queda, al fin, ancho portillo.

Los moros evitando presurosos  
que invada el muro la cristiana gente;  
alzan empalizadas, abren fosos,  
y salen á oponérseles valientes.  
Eran cuanto atrevidos numerosos,  
y frenéticos, fieros y rugientes,  
entran llenos de ardor y de arrogacia,  
del gran marqués de Cádiz por la estancia.

Temible fué, sin duda, la sorpresa,  
y bárbaro cual pocos, el combate  
que allí tuvo lugar; feroz empresa  
del más sangriento y destructor remate:  
al memorarla, sobre el alma pesa  
de un modo que le aflige, que le abate:  
todo fué en ella aterrador, aciago;  
todo saña y dolor, sangre y estrago.

La lucha que tenaz se sostenía  
por ambas partes, era encarnizada;  
cuerpo á cuerpo el acero se esgrimia,  
de una manera ya desesperada;  
el de Cádiz herido allí caía,  
ira lanzando y fuego su mirada;  
y en una hora no más de golpes ciertos,  
sembrado el campo aquel quedó de muertos.

Muchos valientes moros sucumbieron,  
que fué insaciable el hierro del cristiano;  
pero, á la vez, no pocos de estos fueron  
muertos tambien de aquellos á las manos;  
bien mermados de allí todos salieron,  
habiendo sido, por desgracia, vanos,  
los esfuerzos y sangre derramada  
en aquella feroz, triste jornada.

Cayeron al furor de las cuchillas  
agarenas, el noble Garcí Bravo,  
el heróico Señor de Cabanillas  
Íñigo Lopez, de su honor esclavo;  
Pamo y Meida, guerreros sin mancillas;  
Gabriel Sotomayor, de aliento bravo;  
todos ellos muy dignos de la gloria  
con que brillan sus nombres en la historia.

Tal el término fué de aquella rota,  
que honra respira, si papura entraña;  
no sé si ella fué triunfo ó fué derrota;  
mas si que nada su esplendor empaña;  
que de su noble sangre al cabo brota  
siempre el laurel del triunfo para España.  
¡Gloria á sus hijos, pues, y á su hidalguia!  
¡Gloria al marqués de Cádiz aquel día!

## XII.

### **Obras de defensa en el campamento cristiano; apertura de minas; nuevos combates y primeros síntomas de desaliento en la Ciudad.**

---

Sucediendo las cosas de esa suerte, una tregua observar prudente era; en cada estancia colocar un fuerte que el furor de los moros contuviera; guerra á muerte querian, y guerra á muerte era forzoso, al fin, se les hiciera; más, antes de emprender nuevas acciones, reforzar más y más las posiciones.

Constrúyense palenques numerosos, y no pocas fortísimas trincheras; bancos pinjados, muros asombrosos, manteletes, bastidas y aspilleros: álzanse torres y se cavan fosos; todo preciso contra aquellas fieras; haciendo, en fin, venir de puntos varios, cuantos recursos fueron neesarios.

Entretanto, los Reyes que perplejos estaban de la plaza ante los muros, escuchaban de todos los consejos, de sus propios proyectos inseguros. Unos señores, siendo los mas viejos, mas por tanto, de juicios mas maduros, la calma aconsejaban, pues creian que los moros, al fin, se rendirian.

Y, fundaban prudentes sus razones,  
en que tan largo y tan completo asedio,  
les haria consumir sus provisiones,  
sin que esperar pudiesen el remedio.  
Mas, otros, muy distintas opiniones  
sustentaban, creyendo mejor medio,  
atacarlos de un modo decisivo,  
fuerte, tenaz y hasta vencer activo.

Con tales pareceres á la vista,  
Sus Altezas juzgaron acertado  
llevar con cierto pulso la conquista,  
sin dar en ella ni un paso aventurado;  
no poco, sin embargo, les contrista  
la muy penosa vida del soldado;  
y luchan, meditando varios planes,  
con encontrados cálculos y afares.

Y, entre esos planes mil que se proponen,  
discurriendo por cerros y colinas,  
desde las cuales sus miradas ponen  
en las murallas moras sus vecinas;  
para entrarlas mejor, al fin disponen  
que en direccion á ellas se abran minas;  
salvando de ese modo las distancias  
que median entre el muro y las estancias.

Los moros del proyecto apercebidos,  
lo realizan al par que los cristianos,  
abriendo contraminas atrevidos,  
dó encontrándose vienen á las manos:  
cien combates allí se dán reñidos  
de los mas inauditos é inhumanos;  
pues, ¿quien viera jamás bajo de tierra  
librarse á sangre y fuego feroz guerra?

Tales fueron, al cabo, las señales  
de otras batallas bárbaras é impías  
reñidas sobre cerros y arenales  
por espacio lo menos de seis días.  
Desatados cual furias infernales,  
y agitando sangrientas sus gummies,  
los gomerres, cual nunca aterradores,  
ván sembrando doquier muerte y horrores.

Hasta que, al fin, tomando la revancha,  
fiera les carga la cristiana gente,  
en formidable intrépida avalancha,  
asoladora, bárbara y rugiente.  
Horrible, entonces, se marcó la mancha  
en todo el campo aquel de sangre hirviente  
que, trepando por lomas y riscos,  
derramaron millares de moriscos.

Huyendo ván del hierro los gomerés  
á ocultarse otra vez tras sus murallas;  
llorando les aguardan sus mugeres,  
y brama, en tanto, el Dios de las batallas.  
En Málaga no existen ya placeres;  
el mar se agita en sus horrendas playas;  
todo se cubre de dolor y espanto,  
pues todo es sangre, mortandad y llanto.

Empero no por eso todavía—  
el Zegrí y sus secuaces se doblegan;  
que en tanto triste la ciudad gemía,  
sus corazones á piedad se niegan:  
aun esperan en cierta profecía,  
y fanáticamente á ella se entregan;  
que hay un santón bendito de por medio,  
que viene por Alláh con el remedio.

Más, era la verdad que, mientras tanto,  
iban los bastimentos concluyendo;  
que el hambre se mezclaba con el llanto;  
que el bando de la paz iba creciendo;  
y que en medio del hambre y del espanto  
que dolorosamente está sintiendo,  
nadie á la triste Málaga socorre,  
y hácia el abismo abandonada corre.

### XIII.

#### El santon Abraham Guer vi.

---

En tal extremo se hallaba  
Málaga de angustia impía;  
y aunque ocultarla quería  
harto se transparentaba.

Pero la ciudad infiel,  
espera con desatino,  
que haga aun feliz su destino  
el santon bendito aquel.

Abraham el Guerbí es el nombre  
del alfaquí misterioso;  
y el Zegrí, superticioso,  
vé á Dios casi en aquel hombre.

Pues, siendo Alláh quien le envía  
desde Guadix á su lado,  
considera que inspirado  
cumplirá la profecía.

Así es que, cuando la esplica  
el santon ante las gentes,  
todos le escuchan creyentes,  
y nadie osado replica.

Antes bien, por el contrario,  
tanto en su virtud se fia,  
que muy mal lo pasaría  
quien le juzgase un falsario.

(Se continuará)

Yendo del eden en pós  
en sus sueños y oraciones,  
tuvo en varias ocasiones  
revelaciones de Dios.

Y, como el Dios que dá leyes  
á los moriscos no es bueno,  
inspiró á aquel sarraceno  
la idea de matar dos reyes.

Fernando é Isabel, eran  
las victimas designadas  
á morir asesinadas  
por él, y viene á que mueran.

Que sí, al fin, como confía,  
Málaga aun de angustia presa,  
le ayuda en tan árdua empresa,  
como el mismo Alláh quería:

Si la ciudad halla medio  
de resistir entretanto,  
él con su proyecto santo  
le librará del asedio.

De su mano dependía  
que, al cabo, el cerco se alzase,  
y Málaga se salvase  
con toda su morería.

Esta era, pues, su mision;  
y con decidido empeño,  
quiso el Zegrí malagueño  
que la cumpliese el santón.

Solo ahora falta saber  
quien al profeta inspiraba;  
si aquel desde la Alcazaba,  
el mismo Alláh, ó Lucifer.

Más lo cierto es que el santón,  
por maldad ó por fanatismo,  
que en tal caso era lo mismo,  
fué á realizar su intencion.

Dicen varios cronicónes,  
que, envuelto en negro capuz,  
fué hasta el campo en que la Cruz  
ostentaba sus legiones.

Era su aspecto de paz,  
pesaroso y aflictivo,  
y se dejó hacer cautivo  
sin alterarse su faz.

Así entonces, fué llevado  
á la tienda del marqués  
de Cádiz, donde, al fin, es  
querido y preguntado.

Con estudiada ficcion,  
y siempre en su instinto fijo,  
él respondió; y que era dijo  
un verdadero santón;  
que hasta allí venido habia  
á revelar un secreto  
que, en virtud de un amuleto,  
sobre aquel cerco sabia;  
consistiendo, á la verdad,  
en poder él predecir,  
cuando se vendria á rendir  
al cristiano la ciudad.

El de Cádiz, no vió en ello  
más que una superchería;  
y ya iba su señoría  
á colgarle por el cuello  
pero, habida compasion,  
y como hácia el tiempo aquel  
desempeñó gran papel,  
la ciega supersticion;  
exigióle le digera,  
puesto que á tanto venía,  
cuando se realizaria  
prediccion tan lisongera.

Más, el santón, con respeto,  
salvando no sé que leyes,  
dijo que solo á los Reyes  
podia decir su secreto.

Sacáronle del recinto  
de la tienda del marqués,  
y llevado fué después  
á la de Fernando Quinto.

Próximo yá, la gumia  
ciego empuña el moro atroz  
que ocultaba en su albornoz;  
más por suerte el rey dormía.

Por cuya sola razon,  
la Reina ordenó aguardase  
hasta que el Rey despertase  
y se encontrara en sazón.

Llevan, en tanto, al zahorí  
á la tienda donde brilla  
Doña Beatriz Bobadilla,  
á corto espacio de allí.

Del sol cual puro destello,  
con ella otra hermosa habia,  
y ¿como no brillaría,  
si es doña Felipa Mello?

Damas las dos de la córte

dignas del pincel de Goya;  
marquesa aquella de Moya,  
del más encumbrado porte.

La otra, esposa es de Don  
Alvaro de Portugal;  
y de lo más principal  
por su porte y su blason:  
del gran duque de Braganza  
es hijo su buen marido;  
personage esclarecido  
que goza de real privanza.

En la misma tienda había  
otras damas y señores,  
todos ellos los mejores  
por su cuna y su hidalguía.

Llega el santón hasta allí;  
ser la real tienda imagina;  
y su daga damasquina  
requiere en su frenesí.

Lánzase al punto, veloz,  
sobre Don Alvaro, fiero;  
y en la cabeza, certero,  
descárgale un golpe atroz.

Fué tan horrible y tan cierto,  
que al verse como caía,  
juzgábase y se tenía  
á Don Alvaro por muerto.

Ciego, contra la marquesa  
asesta otra cuchillada;  
pero, más afortunada,  
la de Moya salió ilesa.

Gritos de consternacion  
se escuchan; pero sin miedo  
Don Rui Lopez de Toledo  
sugeta y rinde al santón.

De él hacen los guardias presa;  
y amarrándole los brazos,  
parten su cuerpo en pedazos  
y hacerle quieren pavesa.

Pero, no sucedió así;  
pues creyeron menos malo  
mandárselo de regalo  
al indómito Zegrí.

Y, dándose brava traza,  
lanzados á trabucazos  
del alfaquí los pedazos  
cayeron dentro la plaza.

Más, tomando por benditos  
los moros aquellos restos,

todos juntos fueron puestos  
con lamentos inauditos.

Y, entre perfumes y llantos  
y fanática ternura,  
les dieron gran sepultura,  
adorándolos por santos.

En su ciego fanatismo,  
y para lavar la mancha,  
tomaron feroz revancha;  
y hechos pedazos lo mismo,  
arrojaron, infernales,  
el cuerpo de un buen cristiano  
que hallaron cautivo á mano,  
á las estancias reales.

Aquellos fueron dos hechos  
que probaron con gran traza,  
el ódio de ley y de raza  
que ardía en tan contrarios pechos.

#### XIV.

### Llegada al campamento cristiano del duque de Medinasidonia.

---

Más repuestos de aquellas emociones  
los reyes y agredidos personajes,  
olvidaron, con nobles corazones,  
de los moros tan bárbaros ultrages:  
sus Altezas, al par, compensaciones  
recibían con grandes homenajes;  
pues Medinasidonia fué en persona  
quién á rendirlos vino á la corona.

Juntamente con él, su hijo venía;  
el apuesto Don Juan, cuyo apellido  
recordaba al Guzman que en feliz día  
en Tarifa por Bueno fué tenido.  
El poderoso duque allí traía,  
en testimonio de adhesión cumplido,  
su espada, la del hijo y un tesoro  
sumado en veinte mil doblas de oro.

Además, aportaba cien bajeles,  
lentos de municiones, vituallas  
y varios escuadrones; pruebas fieles  
de su opulencia y fé en aquellas playas.  
Vé á Málaga tenida por infieles,  
aun estando yá rotas sus murallas;  
y á todo esfuerzo y costo el duque anhela  
el triunfo de Fernando é Isabela.

La gratitud, ¡que sentimiento es santo,  
hacia tan puro rasgo de nobleza,  
sienten entrambos reyes, entretanto,  
y sábenla mostrar con gentileza.  
Bien merece tal hecho de mi canto  
un aplauso en razon de su grandeza.  
¡Honor al noble duque; y sus favores  
tengan siempre en España imitadores!

El gran príncipe de Asturias  
de la corona

de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona

de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona

de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona  
de la corona

(Se continuará)

## XV.

### Ataque contra las torres de la puerta de Granada.

---

Los torres de la puerta de Granada  
de otro feroz ataque objeto fueron;  
una lucha también encarnizada,  
en que muchos valientes sucumbieron:  
más, tampoco en tan bárbara jornada  
los gomerés sus armas depusieron;  
que enardeciendo en ella á todos Marte,  
sangre en vano corrió de parte y parte.

Murieron de los nuestros aquel día,  
el esforzado Diego Mazariegos;  
y Juan de Virués, cuya hidalguía  
é intrépidos arranques eran ciegos:  
Alonso Santillan, que todo ardía  
en belicosos y terribles fuegos;  
y, defendiendo de su honor las leyes,  
seis hijo-dalgos dignos de sus reyes.

Lloremos ¡ay! sobre los nobles manes  
de aquellos nueve intrépidos guerreros,  
que batallar supieron, cual titanes,  
hasta morir blandiendo sus aceros.  
¡Gloria á tan denodados capitanes,  
y á cuantos otros, yendo en sus senderos,  
en lucha tan insana y horrorosa  
derramaron su sangre generosa!

## XVI.

### **Hambre en la ciudad, y exhortaciones á la paz de los sitiados cerca de Hamet el Zegrí.**

---

Entretanto, en la plaza se sentía  
yá con todo rigor el hambre fiera;  
la esperanza de alivio se estinguía,  
y el pánico del alma se apodera:  
El Zegrí, sin embargo, persistía  
en defenderla, é imposible era;  
y en esta situación en que se miran,  
muchos, los más, al rendimiento aspiran.

Reunidos por acordes pareceres,  
al sentirse morir en desamparo,  
los ancianos, los niños, las mugeres,  
quieren á tanto mal poner reparo:  
arrostrando el furor de los gomerés,  
subir con su dolor á Gibralfaro,  
y esponer al Zegrí, de paz sedientos,  
sus hartos insoportables sufrimientos.

Alí Dordux y Aben Amar, unido  
con Abraham Alhariz, moros de talla,  
se muestran desde luego decididos  
á dar la diplomática batalla;  
y de otros varios árabes seguidos,  
suben de aquel castillo á la muralla;  
donde en estas ó similares razones  
exponen al Zegrí sus intenciones.

«En el nombre de Aláh, Zegrí famoso,  
y á ruegos de los míseros vecinos  
de la ciudad que guardas, animoso,  
venimos á pedir por sus destinos:  
á impetrarte venimos que, piadoso,  
abras á su dolor dulces caminos;  
y cesando en tus planes harto insanos,  
capitules, por fin, con los cristianos.

No te arranques, Hamet; calma y escucha  
de nuestra petición los fundamentos;  
tu fuerza poca es yá y el hambre mucha;  
oye, si no, del pueblo los lamentos,  
¿Qué harás con provocar más fiera lucha?  
¿no vés que son horribles los momentos?...  
¡Más será tu crueldad, si así nos matas,  
que la que del cristiano evitar tratas!

¿No vés que resistiendo de esa suerte,  
con tal temeridad y tal porfía,  
en vez de libertad nos dás la muerte,  
siendo lenta y feroz nuestra agonía?  
¿No viste, Hamet Zegrí, desde este fuert  
cuantos de tus gomerés á la impia  
cuchilla del cristiano fueron dando  
sus vidas, y cuan pocos ván quedando

¿Querrás tambien, acaso, que no puedan  
mañana combatir, cuando, inclemente,  
el hambre venga á herir á los que quedan  
luchando sobre el muro inútilmente?  
¿O que, cuando tus furias al fin cedan,  
hayan muerto sin pan, miseramente,  
nuestros amados hijos y mugeres,  
solo, tirano, porque tú lo quieres?

¿Son por ventura, dí, estas fortalezas  
más sólidas que fueran las de Ronda?  
¿Serán, tal vez, mayores las fierezas  
con que tu armado brazo aquí responda?  
Más que de Loja, acaso, las proezas  
que aquí tu corazón rebelde esconda?...  
Pues, recuerda que, aun siendo más temidas,  
Ronda y Loja, por fin, fueron vencidas.

Mas, si aun no se rindiese tu osadía  
de estas razones al enorme peso;  
si alientas esperanzas todavía  
de tu locura en el feroz acceso;  
¡sal al campo á luchar con valentía,  
que aquí, más que un guerrero eres un preso!  
¡sal yá de esta colmena con tu enjambre,  
si en ella no quereis morir de hambre!

¡A que aguardais, salid; ¡qué confianza  
podeis abrigar yá sobre estos muros?  
¡cuál es en ellos ¡ay! vuestra esperanza,  
rotos como se vén y mal seguros?...  
¡Ved á cuan poco vuestro esfuerzo alcanza;  
cuantos de la ciudad son los apuros;  
á Granada sin rey ved y sin brios,  
y cesen vuestros locos desvarios!

¡Basta yá de ilusiones pasajeras;  
que el cerco aprieta y la esperanza acaba;  
y ahuyentad, despertando, esas quimeras  
con que ayer vuestro espíritu soñaba!  
¡Oid cual suenan las horas postrimeras  
de dicha en Gibralfaro y la Alcazaba;  
y quiera Aláh, á lo menos, que las vidas  
no perdamos con prendas tan queridas!

Así dijo Alhariz, con noble acento,  
á nombre de los tristes ciudadanos,  
de todos espresando el sentimiento,  
pues todos se pusieron en sus manos.  
El rebelde Zegrí le escuchó atento;  
más no eran, no, sus pensamientos sanos;  
y, guardando el silencio más profundo,  
quedóse, al parecer, meditabundo.

Apoyaba en sus manos la cabeza  
cual queriendo ocultar su rostro airado,  
en lucha su razon con su fiereza,  
sintiéndose, sin duda, contrariado.  
Pero, alzándose luego, con presteza,  
esclamó de este modo: «lo he pensado:  
y os juro por mi fé, sin vano alarde,  
que no me he de rendir como un cobarde»

«Yo siento de mi Málaga querida  
tanto como vosotros los pesares;  
diera por ella hasta mi propia vida;  
pero jamás mis honras militares.  
Vuestra mision humana está cumplida;  
marchad á defender vuestros hogares;  
sin esperar que el ruego al fin, me venza;  
pues, antes que piedad, siento verguenza.»

Este término tuvo la entrevista;  
y seguido, Dordux, de sus secuaces,  
retorna al punto á la ciudad, en vista  
de actitudes tan bravas y tenaces.  
Mucho tal resultado le contrista,  
pues fué allí en busca de consuelo y paces;  
más, yá que Hamet Zegrí se niega á todo,  
fuerza es salvar las vidas de otro modo.

## XVII.

### **Toma de un puente fortificado sobre el río Guadalmedina.**

---

Los Reyes ignoraban, entretanto, que en tal estado de miseria y duelo del hambre presa y de horroroso espanto Málaga se encontrase en desconsuelo; pues, con noticias de infortunio tanto, menor hubiera sido el duro anhelo y el gran costo de sangre y de tesoros con que, por fin, vencieron á los moros.

Sobre Guadalmedina, entonces era un fortísimo puente levantado de arrogante magnífica manera, con sus dos torres, una á cada lado. Es defensa que el moro considera poderosa, invencible; y acertado anda en juzgarla así, que es admirable, y viene á parecer inexpugnable.

El rey, que así lo entiende, al fin ordena sea á lombardazos combatida luego; de ello se encarga el valeroso Orena, quien rompe contra el puente un vivo fuego: Arde la mecha; la lombarda truena que aquel dispara de corage ciego; mas, no bastan disparos ni corage, porque á todo resiste aquel murage.

En vano las potentes baterías  
colocó en diferentes posiciones;  
eran aquellas torres tan bravías,  
que nada consiguieron los cañones.  
Pasaron combatiendo cuatro días,  
cristianos y moriscos, cual leones;  
mas, solo haciendo reventar dos minas,  
cayó, al fin, una torre hecha ruinas.

Sobre ellas la agarena sangre corre,  
siendo muchos allí los que murieron;  
y ván los que se salvan la otra torre  
bravos á defender como pudieron.  
Más, de la plaza nadie les socorre,  
y todos sus arrojados vanos fueron;  
que al asalto y tras bárbara pelea,  
yá en la torre el pendón cristiano ondea.

Cide Mahomad y Abdurrahmen, famosos,  
nobles y esclarecidos capitanes,  
allí morir supieron, valerosos,  
que eran ambos muy dignos musulmanes,  
¡Ah! por eso en instantes tan gloriosos,  
fueron llorados sus ilustres manes;  
que también abrigaban en sus senos,  
bravura y compasión los sarracenos.

Fué allí á la vez en la cabeza herido  
el intrépido Orena, que aquel día  
luchó como un león embravecido  
al mando de su horrible artillería.  
El fué el primero que subió, atrevido,  
á aquella torre que escalado había;  
quien puso en ella, entre fragor y estrago,  
el glorioso estandarte de Santiago.

¡Gloria y honor al denodado Marte,  
que, en alas de su espíritu guerrero,  
se alzó sobre aquel fuerte baluarte  
do su enseña clavó con brazo fiero!  
¡Gloria á cuantos con él tomaron parte  
en hecho tan audaz y lisongero;  
y gloria á todos los que en sangre tinto,  
dejaron por la Cruz aquel recinto!

Tomado por los nuestros aquel puente,  
Málaga se sintió tan consternada,  
que no pudo volver á alzar su frente;  
tan decisiva fuera tal jornada.  
El miedo, el hambre y el gemir doliente,  
sintió, sin esperar consuelo en nada;  
y hasta el Zegrí, sintióse, aunque algo tarde,  
dolido el corazón, si no cobarde.

Huyóse el desdichado á la Alcazaba,  
dó se encerró con todos sus gomerés,  
por no ver cómo Málaga lloraba,  
ni resignar en nadie sus poderes.  
Pero, entretanto, Alí Dordux obraba;  
pues los ancianos, niños y mugeres  
á él entregados con amargo lloro,  
renegaban mil veces de aquel moro.

## XVIII.

### Sumisión de los sitiados.

---

Vencidos nuestros fieros adversarios, pues no eran de otra cosa las señales, el cauto Alí Dordux, unido á varios otros moros, no menos principales, vinieron á pedir que humanitarios se mostrasen los ánimos reales; y así fué como en términos precisos, se espresaron, mostrándose sumisos.

«Aquí nos teneis, Altezas, á vuesrtas plantas rendidos; confesándonos vencidos; bajando nuestras cabezas.

Bien merecemos disculpa si venimos tarde aquí; la culpa fué del Zegrí, que no fue nuestra la culpa.

Hace, Altezas muchos dias, fué nuestra noble intencion venir á la rendicion, fiando en vuestras hidalguías.

Pero, Hamet Zegrí, tenaz, de vana esperanza en pós, no quiso, cual sabe Dios, pedir oportuna paz.

Varios con este mensaje  
subimos hasta el Castillo;  
mas, nos despidió el caudillo  
lleno de enojo y corage.

Tanto ó más que en su fiereza,  
fiaba el triunfo á su destino;  
porque un fingido adivino  
fanatizó su cabeza.

Ni escuchó nuestras razones,  
que, tal vez, estimó locas,  
ni vió que eran yá muy pocas  
las fuerzas de sus legiones.

Sobre todo, no veía,  
ó tal vez no quiso ver,  
que íbamos á perecer  
del hambre que se sentía.

Viendo tanta ceguedad,  
dejámosle en Gibralfaro;  
y, pidiendo al cielo amparo,  
volvimos á la ciudad.

Despues, desde que el Zegri  
vió, con la toma del puente,  
que deliraba su mente  
dando crédito al zahorí;

que ni de Aláh, ni el destino  
dicha ninguna alcanzaba,  
huyéndose á la Alcazaba,  
maldijo del adivino.

Y, dejándonos hacer  
los pactos de rendicion,  
os dá, Altezas, ocasion  
de alta piedad ejercer.

Tales son las intenciones  
que nos traen á estos reales:  
ahora, tratemos de cuales  
han de ser las condiciones.

Por nuestra parte, ninguna  
os podemos imponer;  
tan triste ha venido a ser  
y adversa nuestra fortuna:

pero, abrigamos, queridas,  
las esperanzas, al menos,  
de que, al fin, sereis tan buenos,  
que nos dejareis las vidas;

las familias, heredades,  
los usos y las costumbres;  
si bien nuestras servidumbres  
serán de sus Magestades.

El derecho de emigrar

al más remoto confin,  
y la villa de Coin  
que queremos repoblar.»

Así Alí Dordux habló  
á nombre de los demás;  
porque era el moro que más  
en los Reyes confió.

Pruebas les tenia dadas  
de nobleza y de cordura;  
por lo que espera y procura  
le sean recompensadas.

Cosa en razon era puesta;  
y así fué como esperó  
cuando de hablar concluyó  
satisfactoria respuesta,

Pero, fué el Comendador  
de Leon, corto en bondades,  
quien dió por sus Magestades  
la siguiente con rigor.

«Ya oimos vuestra demanda;  
y cúmplenos responder,  
que quien debe obedecer,  
casi en este instante manda.

Que, bien parece mandato,  
hecho de cierta manera,  
vuestra exigencia; y pudiera  
tomarse por desacato.

¿De cuando acá el que es vencido,  
al vencedor puso leyes?

Ved que estais ante dos reyes  
que hartó piadosos yá han sido;

pues de otro modo, á estas horas  
habrían, quizás, sus Altezas  
cortado vuestras cabezas  
y otras mil cabezas moras.

Hubieran á sangre y fuego,  
con la tea y el cuchillo,  
entrado en ese Castillo  
que habreis de rendirles luego.

Si, antes de tanto luchar  
y tanta sangre verter,  
hubiérais querido hacer  
lo que tarde es yá intentar;

Tal vez, entonces, propicios

les hubiérais encontrado  
á quanto habeis demandado,  
ahorrándoles sacrificios.

Aquí, no hay más condiciones  
que rendirse á discrecion;  
si despues hay compasi on,  
no será sin escepciones.»

Esta respuesta oficial,  
propia de marciales leyes,  
dán á los moros los Reyes  
airados en su Real.

Pero, en tono más suave  
y mucho menos enfático,  
á Dordox, buen diplomático,  
dicen lo que él solo sabe.

Y, llevando de esa traza  
la más dura negativa,  
con su triste comitiva  
volvió aquel moro á la plaza.

El efecto que produce  
en ella, es perturbador,  
que á los moros tal rigor  
exaspera y no reduce.

Ellos, no obstante su afan,  
desventura v desconsuelo,  
claman furiosos al cielo,  
pues despechados están.

Y es, que en su sangre africana  
el odio feroz esconden  
con que aun vencidos reponden  
á la altivez castellana.

Así fué que, tras de mil  
estremas proposiciones  
y reñidas discusiones  
del carácter más febril,

lograron deliberar  
de manera decisiva,  
por medio de una misiva  
á los reyes contestar,

«Que á Málaga entregarían  
con todas sus fortalezas  
desde luego á sus Altezas,  
Pues vencidos se veían;  
pero, que antes colgarian,

si sus vidas peligraban,  
los cautivos que guardaban;  
haciendo á la ciudad luego  
arder en horrible fuego,  
y que respuesta aguardaban»

Quando los Reyes oyeron  
la amenaza se indignaron;  
y á los moros contestaron  
tan bravos como pudieron.

«Guárdeos Aláh, les dijeron,  
airados con tal motivo,  
de tocar solo á un cautivo;  
pues si tal caso llegara,  
de vosotros no quedara  
para contarlo uno vivo.

Yá os hicimos sabedores,  
el día que á este campamento  
vinisteis de parlamento  
con ruegos engañadores;  
que solo los vencedores  
la ley ponen en rigor;  
y no cumple á nuestro honor,  
yá roto y abierto el muro,  
el daros otro seguro  
que el que nos cuadre mejor.

El que despues de la entrega  
dicte nuestra voluntad;  
conque rendid la ciudad  
sin mas songriente refriega.

Empero, si á tanto llega  
la obcecacion del caudillo  
que manda vuestro castillo,  
que aun de sangre tiene sed,  
él y vosotros sabed,  
que entraremos á cuchillo.»

De esta amenaza en virtud,  
temblaron los agarenos;  
porque no era para menos  
de los Reyes la actitud:  
y así llenos de inquietud  
y con la angustia más viva,  
desde su fiereza altiva  
viniendo á la humillacion,  
vuelven á implorar perdon  
por medio de esta misiva:

»Alabado sea Dios que sabe solo  
»del orbe que gobierna los arcanos:  
»El vuestros nombres desde polo á polo  
»lleve en alas de triunfos soberanos.  
»Así lo anhela el árabe sin dolo,  
»al suplicaros hoy, Reyes cristianos,  
»que escuchéis como puro nuestro ruego,  
»y á humana compasión os mueva luego.

»Al rendiros ciudad y fortalezas,  
»os rendimos también nuestro homenaje;  
»acéptenlo, por fin, vuestras Altezas  
»cual testimonio fiel de vasallage:  
»de la guerra son propias las fierezas;  
»mas en la paz se olvida todo ultrage:  
»no pretendáis con impiedad extrema,  
»en Málaga ostentar vuestra diadema.

»Seguid de vuestros ínclitos abuelos,  
»yá que os cubris con su corona y manto,  
»los puros nobilísimos anhelos,  
»nuestro infortunio contemplando en tanto:  
»deponed el rencor, seguid los vuelos  
»del memorable Don Fernando el Santo;  
»y los de aquel llamado de Antequera,  
»que si fué vencedor, piadoso fuera.

»Ellos supieron hermanar las glorias  
»que en cien guerreras lides conquistaron,  
»con las dulces y plácidas memorias  
»que de sus nobles pechos os legaron.  
»¿Cómo podrán brillar vuestras victorias,  
»si no usais la piedad que ellos usaron,  
»con la vida dejando á los vencidos  
»sus pobres bienes y sus tristes nidos?

»En vuestras manos lo ponemos todo,  
»rogando que olvideis nuestros errores;  
»perdonadnos, al fin; y de ese modo,  
»nos tendreis por humildes servidores.  
»Ved que arrastrando vamos sobre el lodo  
»que pisan vuestros brutos voladores,  
»yá vuestras plantas á besar de hinojos,  
»y brille la piedad en vuestros ojos.»

.....

En vista de esta actitud,  
la reina se conmovió  
llena de santa inquietud;  
pues la piedad fué virtud  
que en ella siempre brilló.

Pero, el Rey si bien sentía  
del mismo modo que ella  
la compasion y sufría,  
con varonil energia  
dió respuesta á la querella.

Dolido, más con rigor,  
contestó á los agarenos  
el bravo conquistador,  
lo que la vez anterior,  
sobre poco más ó menos.

Y, tras de nuevos mensajes  
y otros mil ayes dolientes  
de diferentes linages,  
los moros, sin más ambages,  
doblaron, al fin, sus frentes.

Firmadas entonces fueron  
ciertas capitulaciones  
que á los reyes convinieron;  
pues ellos las impusieron  
cuadrando á sus intenciones.

Quiso, inquieto todavía,  
protestar el buen Zegrí,  
que hasta el fin se resistía;  
quizás porque le seguía  
la sombra de aquel zahorí.

Más, yá, Alí Dordux, las puertas  
de la ciudad tiene abiertas  
á las legiones cristianas  
con que las playas cercanas  
se miran todas cubiertas.

En tanto su hijo Mahomad,  
temiendo una insurreccion  
del Zegrí, con ansiedad,  
parte desde la ciudad  
con numeroso escuadron.

Y, llegando á la Alcazaba,  
donde aquel fuerte se hacia,  
de someterle allí acaba;  
con cuya accion afirmaba  
la paz que se apetecía.

Y, en fé de nuestra victoria,  
clavó él mismo con corage,  
por dejar de sí memoria,  
el pendon de nuestra gloria  
en la torre de Homenage

Cuya noble acción unida  
á las de su padre, hicieran  
que, con mano agredida,  
los Reyes toda su vida  
pródigos con ambos fueran.

## XIX.

**En nombre de los reyes toma posesion de la Ciudad y sus fortalezas, el Comendador mayor de Leon, Don Gutierrez Cárdenas.**

---

Trascurrieron tres meses y once dias desde que el sitio establecido fuera; largo tiempo de angustias y agonias, de horrorosa ansiedad y muerte fiera; meses sin expansiones ni alegrías, que el alma, aun al presente, considera, tras cuatro siglos, con dolor horrible, si bien, al par con gloria inextinguible.

Más, plugo á Dios que el triunfo suspirado por las cristianas huestes españolas se viese al fin por dicha realizado á la luz de esplendentes aureolas. ¿Qué importa que esté el suelo ensangrentado, y en sangre tintas las inquietas olas? sí, una vez terminada la conquista, solo en su gloria pónese la vista.

Era el décimo octavo dia de Agosto, y nuestra ciudad que el agareno vino á rendir, despues de tanto costo, sumado en sangre del cristiano seno. El mio se siente, por lo mismo angosto á contener mi corazon, que lleno de patriótico ardor, en su entusiasmo quiere gritar, y se lo impide el pasmó.

Brillaba el sol de un sábado dichoso:  
el gran Comendador de Leon venia  
por órden de sus Reyes, orgulloso,  
de Málaga á entregarse en aquel día.  
En un corcel montaba tan brioso,  
que un caballo de fuego parecia;  
y cual si fuese á entrar en más batallas,  
iba cubierto de aceradas mallas.

En armonia con tal cabalgadura,  
su arrogante ginete se ostentaba;  
y era tan reluciente su armadura,  
que al sol envidia con sus rayos daba.  
Seguian tras de su mágica figura,  
con aire tan marcial como él llevaba,  
otros muchos apuestos caballeros,  
capitanes, soldados y escuderos.

Alí Dordux, y el hijo memorable  
de aquel moro leal, nuestro aliado,  
á quien, segun la historia, es indudable  
gran parte se debió de lo alcanzado,  
con porte digno y continente afable,  
salen á recibir al enviado;  
y de laurel entréganle cubiertas  
las llaves con que abriéronle las puértas.

Y, allá del Homenage en la alta torre,  
para en ella clavar tres estandartes,  
el gran Comendador ansioso corre,  
siguiéndole Dordux á todas partes.  
No es fácil, pues, que de Dordux se borre  
el recuerdo feliz, pues tuvo artes  
para obtener mercedes, nombre y gloria,  
dejándonos de sí grata memoria.

De Don Pedro Toledo, del Primado  
y Cardenal de España, y mas Señores,  
llegó el Comendador acompañado  
á lo alto de la torre, entre esplendores.  
La Santa Cruz, primero, allí han clavado;  
despues, entre entusiasmos gritadores,  
el pendon de Castilla se levanta;  
y, luego, el de los Reyes de alma santa.

Por tres veces se gritan y resuenan  
los nombres de «Santiago» y de «Castilla»,  
que los espacios anchuros llenan;  
pareciendo, á la vez, que el sol mas brilla.  
Los cañones, en tanto, todos truenan;  
la música responde á maravilla;  
que por Fernando é Isabel es todo  
cuanto allí grita y truena de este modo,

El Te Deum, dando gracias al Supremo  
por victoria tan grande y señalada,  
entonóse, á la par, con gran estremo  
de devocion al cielo encaminada;  
con esa fé cristiana en que me quemo  
yó tambien, memorando tal jornada,  
que libre yá de horror, sangre y espanto,  
solo hace derramar dichoso llanto.

## XX.

### Triste situacion de los moriscos malagueños.

---

Interin, los moriscos se dolian,  
pues bien desventurados se miraban;  
y en tan tristes lamentos prorrumpian,  
que al alma más entera desgarraban.  
¡Oh infortunada Málaga, decian,  
donde nuestras delicias anidaban!....  
¿Qué será de tus hijos, Perla mora,  
á donde irán con su desdicha ahora?

Preferible es morir una y mil veces,  
que abandonar por siempre el patrio suelo;  
la cuna de mil nobles arraeces,  
el nido del amor y del consuelo.  
Preferible es beber hasta las heces  
el cáliz de la muerte, y que ese cielo  
en donde Alláh su trono y gloria funda,  
sobre nosotros sin piedad se hunda.

Preferible es, por fin, que el rey Fernando  
acabe de una vez con nuestras vidas;  
yá que Aláh, nuestra causa abandonando,  
en nuestro pecho abrió tales heridas.  
¿Dónde irán nuestros hijos sollozando;  
á donde tantas madres afligidas?....  
Así exclamaban hombres, y mugeres,  
muchos millares de aherrojados seres.

Y, así era la verdad; ¿hacia que lado  
fueran del mundo yá, que no lloraran  
su mísero dolor y, en tal estado,  
sus desventuras ¡ay! no les mataran?  
Mas, yá habia con los siglos caducado  
el dominio y la fé que sustentaran  
entre nosotros; y la raza mora  
hundióse, al fin, porque sonó su hora.

## XXI.

### Lo que fué de Hamet el Zegrí.

---

Pero, dejando que así  
dén los moros su gemido,  
vamos á ver lo que ha sido  
del indómito Zegrí.

Era yá hecho prisionero;  
más aun preso entre cadenas,  
circulaba por sus venas  
el espíritu guerrero.

Vergonzosa era la paz  
que habian sus sectarios hecho;  
y el corage de su pecho  
se reflejaba en su faz.

Ni se mostraba abatido,  
ni podia estar sereno;  
era aquel mismo agareno  
que antes hemos conocido.

Mucho, sin duda, sufria;  
porque, á veces, suspiraba,  
y tristemente esclamaba:  
¡ay pobre Málaga mia!

¡Desventurada ciudad,  
á quien miro en abandono;  
te compadezco y perdono;  
pero maldigo á Mahomad!

Y maldigo, todavía  
con mas ódio mahometano,  
á Alí Dordux que, villano,  
á tí y mí nos vendía.

Les maldigo por Aláh,  
por tí Málaga y por mí;  
que si, al cabo, te perdí,  
en ellos la culpa está.

Aun me quedaban gomerés  
con quienes más combatir;  
aun pude más resistir  
hasta agotar mis poderes.

Aun pude, como queria,  
y mi valor intentólo,  
luchar hasta quedar solo,  
muriendo en la lucha impía.

Pero, ¡ah, mi bella Sultana,  
mi Málaga tan querida,  
á quien lloro yá perdida  
con la angustia más insana!

No fué, por cierto, mi brazo  
el que pudo abandonar te;  
que fué el de Dordux, al darte  
pérfidamente un abrazo.

¡Ah, si el hijo del traidor,  
cuando al cristiano te daba  
no viniese á esta Alcazaba  
á contener mi furor!

¡Ah, si cuando las traiciones  
supe del moro cobarde,  
no hubiese sido yá tarde,  
viéndome en estas prisiones!

¡Por Alláh, á quien tanto adoro,  
te juro, Málaga mía,  
que al filo de mi gumía  
hubiera muerto aquel moro!

Mas, ¿qué hacer yá ¡vive Dios!  
sino devorar mis penas,  
cuando estas duras cadenas  
llevo de la muerte en pós?

Y, no es que sienta morir,  
supuesto que por tí muero,  
es, Málaga, que aunque quiero,  
no te puedo redimir.

Es, ¡ay! que mas que los míos,  
hoy tus infortunios lloro;  
es que yá este pobre moro  
siente entre grillos sus brios.

Es, que aunque me siento bravo,  
entre cadenas suspiro;  
que en esclavitud te miro,  
y me contemplo yó esclavo.

Y, al mirarme de esta suerte,

sin alentar esperanzas,  
escucho el ¡ay! que tú lanzas  
y otro exhalo yo de muerte.

Mas, al ¡morir de aficcion,  
sin esperanza ninguna,  
no envidiamos la fortuna  
lograda por la traicion.

¡Muramos, pobre ciudad,  
la esclavitud prefiriendo;  
mas muramos maldiciendo  
á Ali Dordux y á Mahomad!

Así, mas con un acento  
de indefinible amargura,  
deplora su desventura  
aquel moro turbulento.

En tal punto le pusieron  
de delirio sus rencores  
cuando verle los señores  
Reyes ante sí quisieron.

De su órden, á los Reales  
fué llevado, donde estaban;  
y encontrar en él pensaban  
de abatimiento señales.

Mas, inculpado que fuera,  
porque no se dió antes traza  
para rendirles la plaza,  
contestó de esta manera:

«¿Pensais ¡oh Reyes cristianos!  
de los moros vencedores,  
que todos somos traidores,  
miserables y villanos?

¿Pensais, que porque un Ali,  
pudo á Málaga vender,  
pudiera igualmente ser  
falso y traidor el Zegrí?

¿Que tan cobarde y vil fuera  
la sangre de mis gomeres,  
que al ver llorar las mugeres,  
en llanto se convirtiera?

?Que el honor conquie me ajito,  
aun sugeto entre cadenas,  
de Málaga ante las penas  
en mi solo fuese un mito?

Pues mal pensais ¡vive Dios!  
y quien tal piense de mí....  
¡Ah!, ¿por qué como el Zegrí  
no hubo siquiera allí dos?

Dos corazons de brios  
hechos de mis propios bronce;  
¡Yo os aseguro que, entonces,  
no lloraran hoy los míos!

Yo juré defendería  
la plaza hasta sucumbir;  
y así lo quise cumplir,  
defendiendo la honra mia.

Por último, yo juré  
ser fiel al Rey granadino;  
si me abandonó el destino,  
culpa del destino fué;

Y no estrañéis, no, que estreme  
mi razon de esta manera,  
que os habla quien nada espera,  
nada pide, y nada teme.»

Mandó el Rey, enfurecido,  
devolverlo á su prision;  
que no era aquella ocasion  
de tomar otro partido.

Más, la crónica menciona,  
y yo recuerdo lei,  
que el indomable Zegrí  
murió cautivo en Carmona.

## XXII.

### **Entrada triunfal de los Reyes católicos en Málaga.**

¿Cuales son esos ecos y rumores,  
esas músicas, voces y estampidos  
estruendosos, solemnes, vibradores,  
que asombran y ensordecen los oídos?  
¿Cuales esos movibles resplandores,  
cada vez por el sol más encendidos,  
con que el cristiano campamento brilla  
en torno á los monarcas de Castilla?

Son ¡ah! del entusiasmo y la victoria  
los arranques que gritan y que truenan,  
una fe ha grabando en la memoria,  
y los espacios de ventura llenan:  
los brillos y los sonos de la gloria,  
que se encienden, estallan y resuenan,  
entre salvas, clarines y atabales,  
de un suceso inmortal dando señales.

Era de Agosto el día diez y nueve;  
domingo señalado en que su entrada  
los reyes con la fé que á Dios se debe,  
quieren hacer en la ciudad tomada:  
por eso el campamento se remueve,  
que de entusiasmo y gloria es la jornada;  
y de dicha, sin par, que el alma agita,  
cuanto en su torno bulle, luce y grita

El cardenal Mendoza y los prelados de Avila, Badajoz y Leon, unidos á Fray de Talavera, dedicados estaban, y al efecto revestidos, á elevar hasta Dios, de fé colmados, votos de gracias de los más sentidos; consagrando, ante todo, la mezquita en que sus rezos pronunció el muzlita.

Cumplido aquel deber con fé cristiana, los reyes, respirando gentileza, y magestad y pompa soberana, salieron de sus tiendas, con presteza, al sol de aquella espléndida mañana, con Don Pedro Toledo á la cabeza. Este la Cruz sagrada conducia, y hácia Málaga, luego, á todos guía.

Era inmensa, solemne, portentosa, la procesion que al punto se formara; y á la vez, tan brillante y tan radiosa, que no podia mirarse cara á cara. En dos filas marchaba, magestosa, sin que el órden un punto se alterara; en ella figurando, placenteros, los más nobles é insignes caballeros.

Unos ostentan ricas armaduras, con cascos ó sencillos capacetes; otros lucen lujosas vestiduras, con oro recamado en sus ribetes; mil apuestas y bélicas figuras; armas, brocados, plumas, coseletes: todo entusiasmo y brillo respirando, y á competencia todo deslumbrando.

Mezclábanse, aun haciendo mas vistosas aquellas filas de soberbio porte, diferentes cogullas que, piadosas, en aquellos monarcas ven su norte. Y los prelados, príncipes y hermosas damas, radiantes luces de la córte, con los reyes, que irradian luz más viva, cerraban tan grandiosa comitiva.

Pero, no digo bien; que aun no he citado  
la luz que más allí resplandecía,  
y ante la cual yá estoy arrodillado;  
la Virgen de los Reyes, luz del día.  
Iba toda vestida de brocado,  
cubierta hasta los piés de pedrería;  
pues, Isabel, la puso aquel tesoro  
de sus joyas, por gala y por decoro.

Para más devocion y reverencia  
hácia la imágen santa y soberana,  
iba descalza en son de penitencia,  
la católica Reina castellana.  
Y, yá la procesion en la presencia  
del altar que elevó la fé cristiana,  
en él se alzó, con fêrvidos anhelos,  
la imágen de la Virgen de los cielos.

Allí cantóse la primera misa  
que los Reyes católicos oyeron  
dentro de la ciudad triste y sumisa,  
que trás de horrenda lucha suya hicieron;  
Allí aspiraron la aromada brisa  
que sus floridos cármenes les dieron;  
y allí, con santa fé que todos llevan,  
himnos de gratitud á Dios se elevan.

Horas de redencion, de dicha llenas,  
bajo aquel nuevo templo resonaban;  
pues rotas en él fueron las cadenas  
que quinientos cautivos arrastraban;  
quinientas vidas que de horribles penas  
y tal vez de la muerte rescataban  
aquellos dos monarcas soberanos  
de espíritus guerreros y cristianos.

Por eso, al respirar el aura pura  
de libertad bendita y sacrosanta,  
en testimonio fiel de su venturá  
de sus Reyes besar quieren la planta.  
Más, los monarcas con sin par dulzura,  
niéganse á consentir humildad tanta,  
satisfechos sus nobles corazones  
con recibir colmadas bendiciones.

Todo deber piadoso así cumplido,  
con alma pura y corazón contento,  
luego que la ciudad ha recorrido  
vuelve la procesión al campamento.  
La Virgen solamente no ha querido  
dejar el trono aquel do tomó asiento;  
que en Málaga cristiana, por quien vela,  
quedó como de eterno centinela.

Después... ¿que más decir?... sus Magestades,  
al premiar de aquel triunfo las proezas,  
legaron su memoria á las edades  
repartiendo mercedes con larguezas.  
Por eso, aun se bendicen sus bondades;  
y esas moriscas rotas fortalezas,  
vienen há cuatro siglos pregonando  
los nombres de Isabel y de Fernando.

Hasta con los vencidos grandes fueron,  
deponiendo, clementes, sus enojos,  
si razones de estado no pusieron  
impedimento grave ante sus ojos.  
Fué así, que cuando muchos acudieron  
á pedirles piedad, puestos de hinojos,  
con nobles generosos corazones,  
les otorgaron gracias y perdones.

¡Gloria á Reyes tan sábios y piadosos,  
sin duda los más grandes de Castilla:  
los que más arrogantes y animosos  
por la Cruz esgrimieron su cuchilla:  
los que en las lides siempre victoriosos  
fueron del mundo asombro y maravilla!  
Yo al terminar mis cantos les saludo,  
quedando luego ante su gloria mudo.

FIN.

